

HILVANES DE ARQUITECTURA EFÍMERA

ÓSCAR ALONSO MOLINA

En cambio, la naturaleza ha adaptado los ojos de los liliputienses a todos los objetos, de manera propia para ver con mucha precisión, mas no a gran distancia.

Jonathan Swift –*Los viajes de Gulliver*, cap. VI-

“Mi casa es mi vida, crece y muere conmigo”, le oí decir una vez a cierta folclórica nacional, de las de raza, lo que viniendo de una mujer de su generación me pareció casi una fórmula actualizada del célebre “*Omnia mea mecum porto*” ciceroniano: llevo conmigo todo cuanto poseo. Porque, quién no ha sentido alguna vez la poderosísima sensación de que el mundo entero se subsume, se concentra, se resume en nuestra casa: la choza, la cueva, el refugio, el nido..., ¡el centro exacto del Universo! Es casi una bendita regresión uterina, radical, donde las cosas se nos presentan en todo momento bajo su cara más familiar y cercana, dejando para otro momento la “inquietante extrañeza” (*unheimlich* freudiana) de esos otros desconcertantes muebles que De Chirico se encontró un día plantados en mitad de la calle, y con los que comenzaría su pista del sentimiento metafísico más profundo. Podemos leer su pormenorizada descripción en un delicioso ensayo que publicó en octubre de 1927, en el n.º 38 del *Bulletin de l’Effort Moderne*, bajo el título de “Statues, meubles et généraux”: “Tal vez habréis advertido bajo qué singular aspecto toman las camas, los armarios de espejo, los sillones, los divanes, las mesas, cuando se los ve de repente en la calle, en un marco en el que no estamos acostumbrados a verlos, como ocurre durante las mudanzas, o en ciertos barrios, ante la puerta de los comerciantes y revendedores que exponen sobre la acera las mejores piezas de su mercancía. Los muebles se nos aparecen entonces bajo una nueva luz; están revestidos de una extraña soledad; una gran intimidad nace entre ellos, y se podría decir que una extraña felicidad flota en el estrecho lugar que ocupan sobre la acera, en medio de la vida bulliciosa de la ciudad y del apresurado ir y venir de los hombres.” En efecto, hay como si dijéramos un arco de tensión trazado entre las cosas que poseemos y esas otras que la ciudad nos obliga a compartir; entre lo privado y lo público o, de manera absoluta, entre lo doméstico y la política. Tanto dentro como fuera de casa nuestros muebles y posesiones particulares nos invitan, con su faceta más

amable, a concentrar hasta el detenimiento esas mismas fuerzas que el espacio social pone en circulación, canalizándolas en alguna dirección concreta -simbólica o materialmente productiva-. Es por eso que, desde siempre, los niños han jugado a manejar(se con) un mundo a escala: de los clásicos muñecos, cochecitos o caballitos, al Monopoly o las actuales consolas de videojuego. La fenomenología de Bachelard lo dice bien claro: "El mundo es mi imaginación: poseo el mundo tanto más cuanto mayor habilidad tenga para miniaturizarlo." Las casitas de muñecas son un ejemplo perfecto de cuanto os quiero decir. En ellas, interior y exterior no son del todo distinguibles; mas no sólo porque su fachada haya desaparecido la mayoría de las veces, ni siquiera porque reproduzcan a menudo en alguna de sus partes la misma alcoba que la contiene, sino sobre todo porque la fantasía de su propietaria resulta un foco fenomenal de alteraciones en la perspectiva para, al final, convertir estas maquetas en una suerte de figura imposible donde, como ya experimentara Alicia en sus maravillosas aventuras, las niñas pueden estar dentro y fuera de la casa al mismo tiempo, ser enormes y en un segundo disminuir a ojos vista casi hasta desaparecer... Como veis, esto de la perspectiva puede tener su gracia aquí -casi tanto, y en el mismo sentido, que en la Casa Magnética habitual en los parques de atracciones-, porque hace referencia a una estrategia de medida por completo subjetiva, privada, independiente de los esfuerzos agrimensores que favorece la geometría: cuando el niño juega con las escalas para proyectarse sobre ellas, invirtiendo el tamaño de la ciudad y su arquitectura, o las experiencias de los adultos y sus roles, no activa sólo los mecanismos de la fantasía infantil, tan poderosos, sino la más absoluta certeza de su actividad física en el plano de lo real. Porque "la imaginación no se equivoca nunca, porque la imaginación no tiene que confrontar una imagen con una realidad objetiva", por volver a citar a Bachelard en su análisis de la poética del espacio. Esto, en concreto, y todo lo demás que acabo de comentar, lo podéis comprobar por vosotros mismos frente a los trabajos de Gloria Martín. El arte, entre sus manos, como en tantas y tantas ocasiones de milenaria historia, se resume en un intento, a veces dulce, a veces astringente, en ocasiones simplemente desesperado, por volver habitable el mundo o, cuanto menos, interesante y manejable. Que así sea, una vez más.

Ó.A.M. [Madrid, mayo de 2009]